



FINANCIACIÓN. Según denuncia desde la Coordinadora de Representantes de Estudiantes de Universidades Públicas (CREUP), la principal problemática de la adaptación al Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) en España fue y sigue siendo la falta de recursos. Además, aseguran que el Plan Bolonia ha traído consigo «el encarecimiento de lo que supone estudiar hoy en la Universidad, a raíz del aumento de los precios públicos en grado y, especialmente, en máster». / CARLOS ALBA

UNIVERSIDAD

Aprobados y suspensos de la 'década Bolonia'

El plan de estudios cumple 10 años en las aulas con el fortalecimiento de los másteres y la modernización de los doctorados como retos pendientes

Su llegada estuvo marcada por el entusiasmo de unos y el escepticismo de otros. El Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) cumple 10 años en las aulas españolas. Una década de luces y sombras que, con los recortes como telón de fondo, se redondea en el mismo curso académico en el que se conmemorarán los 20 años de la firma de la Declaración de Bolonia, rubricada el 19 de junio de 1999.

Para Guy Haug, experto europeo en política universitaria y autor de títulos como *Bolonia y España: un encuentro imprescindible*, la «toma de conciencia» de las fortalezas y debilidades de la educación superior es, precisamente, uno de los aspectos más positivos que ha traído consigo el nuevo plan de estudios. «El menú que se oferta ahora a los estudiantes es más diverso, la dimensión internacional se trabaja más y el rendimiento académico ha aumentado sustancialmente», enumera. Según el informe titulado *La*

Universidad Española en Cifras, publicado por la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas (CRUE), en el curso 2015-2016, el porcentaje de créditos aprobados del total de matriculados fue del 78,5% en las públicas y el 86,5% en las privadas. Según el documento, «en relación con los obtenidos en el periodo 2008-2009, el primero con la nueva ordenación

La formación continua y el papel más activo del alumnado son, según los expertos, dos de las claves

académica, estos rendimientos suponen aumentos del 23% y el 3,5%», respectivamente.

La visión de Haug coincide en muchos aspectos con la de Juan Antonio Huertas, vicerrector de Coordinación Académica y de Calidad de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Entre los aspectos

positivos relativos a la implantación del Plan Bolonia, destaca la mejora de la calidad de la docencia: «Los sistemas de evaluación que se siguen ahora son mejores, más precisos y variados», expone. «Ha desaparecido el costumbre de dejarlo todo para el día del examen final. Ahora, el trabajo y el aprendizaje son más continuados. También creo que los métodos de enseñanza son más transparentes, más públicos y, por tanto, ya no son propiedad del profesor que imparte la asignatura».

«La formación permanente ha sido importantísima siempre, pero en el mundo actual resulta imprescindible», añade Juan Cayón, rector de la Universidad Nebrija. «Nuestras universidades contienen una cantidad ingente de talento, de conocimiento, de sabiduría y de capacidad de análisis que, en mi opinión, está infravalorada por demasiada gente».

Por su parte, Fernando García, vicerrector de Ordenación Acadé-

mica de la Universidad Rey Juan Carlos (URJC), coincide en que, durante la última década, «se ha potenciado el papel activo del alumnado». «Los estudiantes se han convertido en un recurso estratégico clave en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Han dejado de ser meros receptores de conocimiento y se han convertido en fuente y catalizadores de dicho saber».

Sin embargo, este aspecto puede convertirse en un arma de doble filo, como exponen desde la Coordinadora de Representantes de Estudiantes de Universidades Públicas (Creup). «El Plan Bolonia hablaba de favorecer el aprendizaje permanente, pero no se dice en ningún momento que la asistencia deba ser obligatoria. Esta medida, de hecho, va contra el acceso universal a la educación superior, pues dificulta la conciliación laboral y perjudica a alumnos con dificultades económicas».

La ausencia de financiación es otro de los puntos que desde la Creup denuncian con mayor énfasis. «Nunca hubo dinero para este cambio. No hubo una apuesta de apoyo económico», coincide Huertas, de la UAM. «El efecto de esto es que no ha generado un incentivo claro para que todas las personas involucradas en el proceso lo hayan dedicado el esfuerzo y el rigor necesarios. Sin embargo, creo que nos hemos adaptado mejor de lo que era previsible».

Para Haug, otra de las problemáticas en cuanto a la implantación en España es la del «debate mal planteado» que, en el pasado, puso el foco en la cuestión del 3+2 (tres años de grado y dos de máster) o el

4+1 (cuatro de grado y uno de máster). Según él, el fortalecimiento de estas últimas titulaciones y la modernización de los doctorados son dos de las medidas que, con mayor urgencia, deben acometerse. «En ambos niveles es donde se juega la reputación y la competición entre universidades y sistemas universitarios, y son también los que más pesan en los rankings internacionales», sentencia.

INTERÉS SOCIAL

«En muchas ocasiones, se ha considerado que la Universidad y la realidad laboral, y social por extensión, se dan la espalda. En la actualidad esta afirmación ya no se sostiene», recalca García, de la URJC. «De hecho, la aprobación de títulos de grado o máster requiere el análisis previo de su interés para la sociedad, la oferta académica similar existente o el perfil del profesorado para afrontar con éxito la implantación de un nuevo título. Es cierto que, en un entorno tan cambiante como el actual, requiere la adopción de procesos flexibles que permitan la constante actualización de los planes de estudio, no sólo a nivel de máster, sino también de grado».

Otras de las cuestiones en las que más hincapié hacen los expertos consultados es la falta de consonancia entre el espíritu del acuerdo y la materialización posterior de algunos de los conceptos sobre los que se cimentaba. «Transcurridos ya varios años desde su implantación, no cabe duda que el EEES ha calado en todos los agentes del sistema universitario. Sin embargo, no es menos cierto que una buena parte del

proceso de transición ha recaído en el esfuerzo del personal docente y de administración y servicios de las universidades, quienes, con los mismos (o menos) recursos, han afrontado de forma satisfactoria muchos de los desafíos que suponía el nuevo contexto», opina García.

Por su parte, Cayón, de la Nebrija, se muestra «bastante crítico» en lo que respecta a la autonomía universitaria o la libre circulación de estudiantes y profesores entre las distintas instituciones que conforman el EEES.

EL EURO PROFESIONAL

En esta misma línea, Huertas también lamenta que «lo que no se ha conseguido es una cuestión que tiene más que ver con la Unión Europea que con España: el euro profesional. La moneda existe. Ya no hay obstáculos para que una naranja vaya de Cartagena a Dinamarca, pero sí hay barreras profesionales. Un graduado en Psicología que haya estudiado en España sigue teniendo que hacer trámites de homologación más o menos complejos para poder trabajar en un país de la Unión Europea. Hemos hecho títulos reconocidos académicamente, pero no profesionalmente».

Con todos estos elementos en la mano, a la hora de hacer balance, el experto europeo en política universitaria Guy Haug concluye lo siguiente: «Lo más importante es que ha contribuido a una nueva reflexión sobre el papel de las facultades en la sociedad y la economía del siglo XXI. España tiene universidades mucho mejores de lo que cree la prensa y la sociedad».